



**Homilía pronunciada por S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana, en la Consagración Episcopal de Mons. Jorge Enrique Serpa Pérez.**

**S.M.I. Catedral de La Habana,  
13 de enero de 2007.**

Eminencia, Excmo. Sr. Nuncio de Su Santidad, Excelencias, queridos hermanos todos en el sacerdocio de Cristo. Queridos diáconos, personas consagradas y fieles todos, queridos hermanos y hermanas:

El día de Pentecostés se abrieron las puertas del lugar donde estaban reunidos los apóstoles con María, la Madre de Jesús, y salieron ellos a las calles y plazas, proclamando el triunfo de Cristo, el crucificado que había vencido a la muerte y había resucitado glorioso. Ese día la Iglesia se manifestó por vez primera al mundo, pero aquella aparición fue gestada antes, cuando Jesús salió a anunciar a su pueblo que el Reino de Dios estaba en medio de ellos y comenzó a rodearse de un grupo de hombres que El escogió personalmente para llevar a cabo su misión. No eran cultos, pero demostraban ser sabios, no tenían poder, porque eran pobres y el poder y la riqueza se cotejan. Luego, sin dinero y sin poder, no tenían ningún influjo social, y aún menos político. De los primeros llamados por Jesús varios eran pescadores, no campesinos habituados a los caminos trillados, sino gente de mar, que va a buscar los peces allí donde se encuentran, encarando a veces vientos fuertes y mar gruesa, asistidos por su intuición y confiados en la buena suerte. Así los prefirió el Señor.

La escena descrita hoy por el Evangelio de San Lucas es reveladora de esa mentalidad marinera. Jesús pasa junto al lago de Galilea seguido de mucha gente que se agolpaba sobre El y llega a la misma orilla donde estaban algunos pescadores con sus barcas. Él mismo se invita a subir a una de ellas para utilizarla como podio, poniendo un poco de agua entre El y la gente que lo rodea, de modo que pudiera dirigirles la palabra más fácilmente, sin ser apretujado. Allí se sentó a enseñar a la muchedumbre. ¿De qué les habló? No lo dice esta vez el evangelista, pero podemos inferirlo de su predicación en Galilea: seguramente les dijo que el Reino de Dios ya había llegado y les insistió en la necesidad de ser pobres de corazón para acoger los dones del Reino, y repetiría lo dicho en otras ocasiones, que quien quiera seguirlo debe dejarlo todo para ir a anunciar el reino de Dios.

Pedro, Santiago y Juan, los pescadores dueños de las barcas, habían escuchado atentamente y con gusto las enseñanzas de Jesús. Lo admiraban por su palabra fácil y su estilo familiar que cautivaba. En verdad Jesús era un Maestro, y así lo llama Pedro, sorprendido cuando Jesús le dice que reme mar adentro y eche las redes para pescar. En su pensamiento de hombre de mar Pedro no podía reconocer en Jesús, que le daba aquella orden, la misma maestría de que hacía gala al enseñar. Ellos eran pescadores y de eso sí sabían y aquella noche se habían afanado en vano pues no atraparon ni un solo pez. No obstante, obedecen respetuosos a Jesús, y al echar las redes, éstas se llenaron de peces hasta reventar.

Los tres pescadores de la escena, Pedro, Santiago y Juan, que serían después los discípulos más cercanos a Jesús, captaron entonces, con toda probabilidad, la enseñanza del Maestro. Cuando Dios irrumpe en la historia de los hombres, ni los campesinos habituados a sus trillos, ni los pescadores confiados en sus mañas para luchar con lo incierto, ni los sabios de este mundo, que todo lo calculan y todo lo pesan, pueden sentirse totalmente seguros de su propio saber. Dios llega en verdad desestabilizando, para que, aprendiendo a fiarnos de El, y a relativizar nuestro saber y nuestro actuar, alcancemos un arrojo superior, al desplegar posibilidades que el Señor crea en nosotros o nos las hace descubrir y desarrollar. Es el valor sin límites de la gracia de Dios. San Agustín deposita en ella una confianza total, pues la gracia obra siempre en todos, y sobre todo en aquellos a quienes Dios elige especialmente para una misión... “Todo es gracia”, dirá el Santo de Hipona.

Jesús preparaba con aquellos hombres de mar su Iglesia, esa comunidad de hermanos que debía ser depositaria de sus enseñanzas y núcleo aglutinante del Reino de Dios en el mundo. Por lo tanto, aquellos pescadores dejarían sus redes para seguir a Jesús y convertirse en pescadores de hombres. “rescatadores de hombres”, si traducimos literalmente del hebreo. O sea, quienes sacarían a los hombres y mujeres de Judea, de Galilea y hasta de los confines del mundo, de las aguas turbias del mal, del pecado, de la vida vacía y sin sentido, para mostrarles la alegría del Reino de Dios, esa piedra preciosa que, al encontrarla, nos hace dejar cualquier otra cosa considerada de gran valor para quedarnos con ella. En esta clave de deslumbramiento y opción decisiva, de don de nuestras personas a Cristo para que El pueda seguir sanando, liberando las conciencias de la culpa y dando vida abundante al hombre y la mujer de hoy, se produce la respuesta al llamado de Jesús. Así nace y se extiende continuamente la Iglesia.

Querido Mons. Jorge, una y otra vez te ha llamado el Señor, como a Samuel. Como Samuel tuviste que aprender a discernir la voz de Dios, en tu caso a través de instancias intermedias y circunstancias especiales. Tu grande y primera respuesta fue al ser llamado al sacerdocio. Eran tiempos difíciles y en tierra extranjera respondiste a la voz del Arzobispo de La Habana que te pedía fueras ordenado Presbítero de esta Arquidiócesis. Lo hiciste con vivos deseos de retornar a tu país. Ante la imposibilidad de hacerlo en aquel momento, decidiste ir a América Latina y en Colombia entregaste tu corazón sacerdotal con mucho amor al pueblo de la diócesis de Bogotá, siendo fiel y agradecido a la acogida de esa Arquidiócesis, especialmente a la del Cardenal Pedro Rubiano que es hoy el primer coconsagrante en esta celebración.

Una llamada más te llegó mucho después a tu parroquia grande y tan querida por ti de Bogotá. Es ahora la voz de otro Arzobispo de tu Arquidiócesis de La Habana que te decía que podías realizar tus sueños, regresar a tu patria y servir a tus hermanos. Tu generosidad se puso otra vez a prueba, dijiste de nuevo “aquí estoy” y dejaste el terreno conocido y fecundo de tu parroquia bogotana para venir acá. Gracias también a la generosidad del Cardenal Rubiano, que apreciando tanto tu trabajo pastoral, te dejó partir porque venías a Cuba, remaste de nuevo mar adentro para regresar a tu patria.

Has debido seguir una, dos, diez veces el consejo del sacerdote Elí a Samuel: “*Cuando oigas de nuevo la voz, responde: habla, Señor, que tu siervo escucha*”. Y así lo hiciste cuando llegó hasta ti el llamado del Santo Padre Benedicto XVI para que en nombre de Cristo, Buen Pastor, rigieras la Diócesis de Pinar del Río. No hacías más que repetir ahora

los gestos anteriores de disponibilidad ante la voluntad de Dios, y dijiste de nuevo: Aquí estoy.

En esa mirada de Dios sobre cada uno de nosotros, que nos presenta el himno de San Pablo en su carta a los Efesios, el Señor te pensó sacerdote, te pensó Pastor y obispo de su Iglesia para alabanza de Dios.

Cristo, enviado del Padre como Pontífice de la Alianza Nueva y Eterna es el gran Pastor del rebaño que Él adquirió con su sangre derramada en la Cruz. Levantado en su resurrección por el poder del Espíritu Santo, comunicó su Espíritu a sus discípulos, a quienes hizo apóstoles, enviándolos al mundo entero a anunciar el Evangelio, la Buena Noticia de la salvación.

La Iglesia te llama ahora a ti, querido hermano, a ser sucesor de los apóstoles. El Señor Jesús, Sacerdote eterno, te hará partícipe, por la efusión del Espíritu Santo, de la plenitud del sacerdocio ministerial, confiriéndote la triple misión de enseñar, conducir y santificar al pueblo a ti confiado.

Se abre ante ti un campo nuevo en tu misión sacerdotal. No es cuestión de una diferencia de matices, de un aumento cuantitativo de ocupaciones en tu quehacer pastoral, ni de una simple extensión de tus responsabilidades. Se trata más bien de una calidad nueva en tu sacerdocio. Es cierto que se ampliarán el trabajo y las responsabilidades para el Obispo, pero la plenitud del sacerdocio obra en tu ser sacerdotal, por la acción del Espíritu Santo, una transformación cualitativa que te dispone para recibir un nuevo oficio en la Iglesia. Cumplías tu deber sacerdotal enseñando a la comunidad cristiana a ti confiada la palabra revelada y la sana doctrina que recibías de la Iglesia, pero ahora, en comunión con el Sucesor de Pedro y con tus hermanos obispos, serás depositario y Maestro autorizado de la Iglesia para guardar y entregar a los fieles la palabra divina y las verdades de la fe. No serás sólo el que recibe y transmite fielmente, sino el que custodia el depósito de la fe y vela para que la palabra de Dios transmitida en la predicación, en la catequesis y por todos los medios de formación cristiana, contribuya a edificar en la fe y en el amor el templo espiritual que es la Iglesia diocesana. En este sentido tu palabra de Pastor no será una opinión más, sino una verdadera enseñanza, cierta y precisa. En lo que atañe a la vida de la Iglesia y su misión, el Pastor es Maestro para sus sacerdotes, personas consagradas y fieles, y no hay ningún otro que pueda reemplazarlo en esta misión, sea sacerdote o laico. Serás, sin embargo, maestro al modo de Jesús, proponiendo, no imponiendo, presentando la enseñanza de modo que todos se sientan atraídos y nadie rechazado, tendiendo puentes con la palabra, no cavando fosos o levantando murallas.

Respecto a la misión de regir, te ocupabas, delegado por el obispo, de una porción del rebaño diocesano. Pero, como obispo, emana de ti el poder y la distribución de los presbíteros que rigen la porción de la diócesis que le confías como pastor solícito que actúa por medio de ellos.

Es también misión del pastor que hace uso de su poder de regir, la de conducir a sus ovejas procurando agruparlas siempre, buscando a las distantes y descarriadas y cuidando de que no se disperse el rebaño, de suerte que las ovejas aprendan a conocer la voz de su Pastor y a seguirlo. La dulzura, la mansedumbre del Buen Pastor deben poder sentirlos los sacerdotes, los diáconos, las religiosas y los fieles todos al contacto con el obispo. Es preferible en este empeño faltar por exceso que por defecto, pues el obispo hace presente al único y Buen Pastor del rebaño, que es Cristo Jesús, manso y humilde de corazón, y en

su guía pastoral deben reconocer los sacerdotes, consagrados y fieles los sentimientos propios del corazón de Cristo.

Tendrás, pues, que sufrir doblemente en tu condición de maestro y guía del pueblo a ti confiado, porque al cuidar de la palabra revelada y de toda enseñanza que se asienta en la fe católica o se refiere a ella, no defiendes un criterio propio, sino la integridad de la fe y el bien espiritual de tu rebaño, y para eso tienes que ser firme. Del mismo modo, tienes que actuar con firmeza para que nada ni nadie pueda disgregar las ovejas del redil.

Esa exigencia de hallar la vía justa para compaginar firmeza y dulzura te configurará a Cristo, que *“aprendió sufriendo a obedecer”* (Heb 5, 8) la voluntad del Padre. En tu mismo andar pastoral se encuentra así tu propio camino de santificación. La santificación personal es el requisito para que el obispo pueda cumplir su oficio de santificar. Pues no sólo por los sacramentos se santifica el pueblo de Dios, sino que por una misteriosa interacción en el amor y en el servicio entre obispo, sacerdotes y fieles, deben crecer todos en santidad.

Hay un aspecto muy propio y santificador del Pastor en su conducción de los fieles, que es el de compartir los dolores, penas y angustias de su pueblo. La Iglesia diocesana es una gran familia y el Obispo es su Padre y Pastor, que experimenta todo cuanto en su grey es motivo de tristeza o preocupación.

Pero la compasión ante el dolor y las penas de los fieles que lleva en sí la carga pastoral, no puede quebrantar al obispo ni disminuir su entusiasmo. Nuestra compasión no puede parecerse a esa solidaridad horizontal de corte secular que se da en el plano social o político y que consiste en identificarse simplemente con quienes padecen por cualquier causa, haciendo nuestras sus mismas quejas, pues el Obispo es el Padre de familia, el hombre de fe que no debe dejarse abrumar por lo adverso, sino erguirse sereno y confiado en Dios, señalando hacia El para sembrar esperanza en sus hijos. Has de sufrir, pues, y esto será para ti camino de santificación, pero no seas un obispo sufrido, porque podría parecer que el don del Espíritu en tu corazón de Pastor queda ahogado por las miserias humanas y Jesús en el Evangelio, al hablar de las penas y dificultades de sus discípulos, nos asegura que *“nadie podrá quitarnos nuestra alegría”* (Jn 16, 22), suponiendo al decir esto, que la alegría del corazón del cristiano, y a fortiori la del obispo, es algo que viene de Dios y es por ello más fuerte que las penas y las adversidades. Por esto debemos protegerla siempre de cualquier abatimiento de orden subjetivo o ambiental, capaz de ensombrecer el horizonte concreto de nuestra acción pastoral. La alegría es el sello del amor de Dios en el corazón del cristiano, consérvala pues, siempre, como un don precioso de Dios, pues tus sacerdotes, diáconos y fieles la necesitan no sólo para superar sus situaciones difíciles, sino para sentirse animados en su vida diaria.

Como Pastor debes además descubrir los gozos y esperanzas de tus fieles, haciéndoselos notar cuando aparecen velados, y los compartirás gustoso, alentando todo cuanto hay de positivo y bueno para beneficio de la comunidad diocesana.

El programa del Obispo está trazado por el Señor y explicitado por la Iglesia, de forma que si bien eres el Maestro, pastor y santificador de tu diócesis, tu misión no se despliega aisladamente. Es la Iglesia la que, por medio del sucesor de Pedro, el Papa Benedicto XVI, pone su confianza en ti al llamarte a ser sucesor de los apóstoles. Tu quehacer pastoral se realizará, pues, en comunión con el Santo Padre y con tus hermanos obispos, por cuya imposición de manos serás agregado al cuerpo episcopal y cuya presencia aquí es un signo

vivo de colegialidad. Te acoge por otra parte el pueblo cálido, sencillo y noble de Pinar del Río. Hay en los católicos pinareños una reserva de valores humanos y cristianos que harán tu misión de pastor agradable y tu vida feliz. Ellos merecen ser servidos con amor y total entrega, como lo ha hecho por más de 25 años el que ha sido hasta hoy su Obispo, Mons. José Siro González.

Recuerda, querido hermano, que el Episcopado es un servicio, no un honor, por ello el Obispo debe vivir para los fieles y no sólo presidirlos. Ama con amor de padre y hermano a cuantos Dios pone a tu cuidado, especialmente a los presbíteros y diáconos, colaboradores tuyos en el ministerio sagrado, a los pobres, a los enfermos, a los débiles.

Al formar parte del Colegio Episcopal en el seno de la Iglesia Católica, que es una por el vínculo del amor, tu solicitud pastoral debe extenderse a todas las iglesias diocesanas, dispuesto siempre a ayudar a las más necesitadas.

Cuida, pues, de todo el rebaño que se te encarga guardar como Pastor de la Iglesia de Dios en el nombre del Padre, cuya imagen representas en la asamblea de los fieles, en el nombre del Hijo, cuyo oficio de Maestro, Sacerdote y Pastor ejerces y en el nombre del Espíritu Santo que colma de vida a su Iglesia y fortalece nuestra debilidad.

Que la Virgen Madre, la humilde servidora del Señor, que en el reciente tiempo de Navidad ha inspirado tu respuesta, te asista maternalmente en tu servicio episcopal. Así sea.